

**“Y ahora voy a contarte despacio todo”:  
la dimensión confesional en las cartas de Elena Fortún a Inés Field  
(1948–1951)**

**María del Carmen Alfonso García (caralf@uniovi.es)**

**Universidad de Oviedo**

**Código Orcid: 0000–0001–8205–515X**

**“Y ahora voy a contarte despacio todo”:**

**la dimensión confesional en las cartas de Elena Fortún a Inés Field**

**(1948–1951)**

## **Resumen**

Durante su exilio bonaerense (1939–1949), Elena Fortún conoció a Inés Field, una profesora argentina que resultaría fundamental en su vida. La publicación de las cartas que Fortún envió a su amiga entre 1948 y 1951 (2020) permite conocer destacados aspectos de esta relación y la profunda huella de la espiritualidad de Field en la escritora. Este trabajo explora ese corpus desde el ángulo de lo confesional; se basa en las aportaciones de Noël Valis en *Realismo sagrado* (2010; traducción de 2017) y de María Zambrano en *La confesión: género literario* (1943). Si Valis ha analizado cómo interviene el esquema confesional en la narrativa española de la modernidad y cuál es el alcance de un autoexamen doloroso asociado a la culpa, Zambrano veía en la soledad el gran motor que impulsa a dar cuenta de sí a través de las palabras que, en busca de una unidad interior antes inexistente, nos constituyen en sujetos. El artículo se sitúa en la encrucijada de ambas propuestas para abordar los mecanismos que, en esta correspondencia, permiten descubrir el acto de conciencia confesional y sus implicaciones para una intimidad dañada y fragmentaria. Examina también la importancia de la instancia receptora, siempre imaginada, y el interés del espacio epistolar para la indagación interior y la construcción identitaria. Asimismo, atiende a los vínculos intertextuales que las cartas revelan desde la perspectiva lectora —la *Imitación de Cristo* (1441), atribuida a Tomás de Kempis y los *Ejercicios espirituales* (1548), de Ignacio de Loyola— y la creadora —*El cuaderno de Celia* (1947)—.

## **Abstract**

During her exile in Buenos Aires (1939–1949), Elena Fortún met Inés Field, an Argentine professor who would be fundamental in her life. The publication of the letters that Fortún sent to her friend between 1948 and 1951 (2020) revealed outstanding aspects of this relationship and the deep imprint of Field's spirituality on the writer. This work explores that corpus from a confessional angle. It is based on the contributions of Noël Valis in *Sacred Realism* (2010) and María Zambrano in *La confesión: género literario* (1943). If Valis has analyzed how the confessional scheme intervenes in the Spanish novels of modernity and what is the scope of a painful self-examination associated with guilt, Zambrano understood the solitude as the great motor that drives one to give an account of oneself through the words that, in search of an interior unity that did not exist before, constitute us as subjects. This essay is located at the crossroads of both proposals to address the mechanisms that, in this correspondence, allow us to discover the act of confessional conscience and its implications for a damaged and fragmented intimacy. It also examines the importance of the receiving instance, always imagined, and the interest of the epistolary space for internal inquiry and identity construction. Likewise, it attends to the intertextual links that the letters reveal from the reading perspective —the *Imitatio Christi* (1441), attributed to Thomas à Kempis, and the *Ejercicios espirituales* (1548), by Ignacio de Loyola— and the creative perspective —*El cuaderno de Celia* (1947)—.

**Palabras clave:** Elena Fortún, Inés Field, cartas, confesión, subjetividad, identidad.  
**Keywords:** Elena Fortún, Inés Field, letters, confession, subjectivity, identity.

## **Las cartas de Elena Fortún a Inés Field: sobre las corresponsales y el corpus**

La profesora Nuria Capdevila–Argüelles, en su constante labor de recuperación y difusión de la figura y la obra de Elena Fortún, continuadora de la que en su día comenzó Marisol Dorao a través de títulos tan significativos como *Los mil sueños de Elena Fortún* (1999) y de tanta importancia para el conocimiento de la literatura de las españolas exiliadas después de la guerra civil de 1936–1939, entregaba en 2020, en la colección “Biblioteca Elena Fortún” de la editorial Renacimiento, la edición de los dos volúmenes de las cartas escritas por la autora a su amiga argentina Inés Field, con quien había entrado en contacto durante su exilio bonaerense y que, según parece indudable, fue su último gran amor (Capdevila–Argüelles, “Introducción” a Fortún, *Sabes*).<sup>1</sup> Como se verá en el desarrollo del trabajo, es este un conjunto epistolar de gran riqueza y que, a pesar de presentarse desde la única ladera de la novelista, puesto que no se incorporan las misivas de respuesta, genera múltiples e interesantes motivos de análisis.

En razón de lo ya dicho sobre las aportaciones de Marisol Dorao y Nuria Capdevila–Argüelles, a las que, de manera necesaria, se han de añadir ahora las de María Jesús Fraga, algunas de ellas no manejadas aquí pero citadas en la bibliografía final para no hacer larga la enumeración, y las más esporádicas y casi inaugurales de Carmen Bravo–Villasante, así como las de Paloma Uría Ríos (“Celia” y *En tiempos*: 29–68) o Marie Franco (por ejemplo, “Elena Fortún” y “Loisirs”), no es afortunadamente ya tan perentorio explicar con detenimiento quién fue Encarnación Aragonese Urquijo (1886–1952), la mujer que, en compleja relación con la protagonista de *Los mil años de Elena Fortún. Magerit* —la novela hoy apenas recordada escrita por su marido, Eusebio Gorbea Lemmi, y publicada en 1922—, quiso nombrar su faceta creadora bajo el pseudónimo de Elena Fortún, si bien, por lo que luego vendrá, conviene ya advertir que el paso del tiempo lo volvería todo más intrincado, hasta producirse una peculiar intersección, de profundas

implicaciones, entre la persona real y la instancia autorial, a la que tampoco resultaría ajena la calculada proyección en Celia, el que fue su gran personaje y que iría asumiendo muchas de sus características y vivencias (Alfonso García, “Para quién” y Capdevila–Argüelles, “Elena Fortún” y *Autoras*).

Así las cosas, poco más hay que mencionar con propósitos contextualizadores que su condición de creadora de la serie en torno a la ya citada e icónica Celia, la niña que, con rotundo éxito, trajo a la literatura infantil española de preguerra la modernidad de los nuevos aires institucionistas a través de volúmenes que, en muchas oportunidades, recogían colaboraciones previamente aparecidas en publicaciones periódicas como *Gente Menuda*, el suplemento infantil de *Blanco y Negro* (1928–1935), y la revista *Crónica* (1931–1938) (Bravo–Villasante y García Padrino). La lista incluiría títulos como *Celia, lo que dice* (1929), *Celia en el colegio* (1932), *Celia en el mundo* (1934), *Celia novelista* (1934) o *Celia y sus amigos* (1935), todos ellos vinculados a un objetivo situado mucho más allá de la rancia moralina entonces dominante, pues Fortún supo entender, y por lo tanto estimular, las inquietudes de un público tan ávido de nuevas experiencias como deseoso de ser comprendido y respetado en su misma condición vital (Nieva). De hecho, así lo expresarían más tarde escritoras del relieve de Carmen Laforet (“Elena Fortún”), Carmen Martín Gaité (39–41) o Ana María Moix (30–33 especialmente), en tanto que, como señalaba la propia Martín Gaité (101), habría que indagar en la posible influencia rastreable en la producción de Ana María Matute —que, en mi criterio, avalaría la lectura de, por ejemplo, *Paraíso inhabitado* (2009), su última novela publicada, cuya narradora protagonista, Adriana, tanto debe a Celia en el planteamiento de sus conflictos con un entorno hostil y en sus originales respuestas a los problemas—.

Ni que decir tiene que el final de la guerra civil y el subsiguiente régimen franquista dejarían su impronta en Encarnación Aragonese y en sus textos, que ya en el

mismo 1939 comienzan a dar síntomas de cambio con la aparición de *Celia madrecita*, el relato que, a través de la asunción de una maternidad simbólica, consecuencia del fallecimiento de la madre física, inicia la claudicación de la adolescente, que, lejos ya de toda expectativa universitaria, se ve obligada a ocuparse de sus hermanos pequeños. Vendrían después *Celia, institutriz en América* (1944), la primera novela compuesta en el exilio argentino, aunque, como sucedería con la práctica totalidad de ahí en adelante, publicada en España, y, hoy lo sabemos, *Celia en la revolución*, que, si no editada hasta 1987, estaba terminada como “borrador” en 1943 (Trapiello: 14) y constituiría una crónica novelada de la vida de Fortún durante la contienda en Madrid, Barcelona y Valencia. Parece evidente que este sería el nexo necesario entre las dos obras ya mencionadas, con las que compondría la trilogía de la “desintegración” del personaje (Capdevila–Argüelles, “Introducción” a Fortún, *Celia*: 8), luego consolidada en, por ejemplo, *Celia se casa (Cuenta Mila)* (1950), donde apenas se percibe ya, ni material ni conceptualmente, aquella voz rompedora que tanto había identificado todo un proyecto literario, puesto que, como advierte el subtítulo, ahora es Mila, la hermana menor, la que asume el relato de los acontecimientos.

En cuanto a Inés Field —Inés Enriqueta Field (1897–1994)—, no son tantas las noticias que cabe ofrecer, síntesis en su mayoría de los datos que Nuria Capdevila–Argüelles aporta en la introducción al primer volumen de la correspondencia que se examina (*Sabes*: 24–26 especialmente) y también de los que proporciona María Jesús Fraga (“Elena Fortún”: 84 y “Elena Fortún en clave”: 11). Esta profesora e intelectual argentina, que colaboró en integrar a Fortún en el Club Argentino de Mujeres, con ecos del Lyceum Club madrileño frecuentado por la escritora,<sup>2</sup> se había doctorado en 1930 en Filosofía y Letras. Ejerció sobre todo en la Escuela Normal nº 7 de Buenos Aires, donde se desempeñó también como vicedirectora; a este respecto, los insistentes comentarios de

Encarna en las muy numerosas cartas en que menciona su exceso de trabajo, los perjudiciales efectos de la tensión laboral, la necesidad de descansar o la ansiada jubilación, que parece no llegar, son muy esclarecedores del compromiso con el que Field debió de asumir sus responsabilidades. No obstante, lo que aquí ha de adquirir destacada importancia, según se irá poniendo de manifiesto, es la poderosa y poco convencional espiritualidad de esta mujer que, situada al margen del catolicismo más esperable, Encarnación Aragonese admiraba sin reservas y en la que, de modo reiterado, va a encontrar un apoyo fundamental para tratar de afrontar los sucesivos vaivenes biográficos, especialmente dramáticos en el período que estas misivas recogen.<sup>3</sup>

En efecto, este conjunto epistolar se compone de cartas escritas entre 1948 y 1951. De acuerdo con el orden cronológico, se redactan desde España —Madrid y Ortigosa del Monte, un pueblo de Segovia de especial sentido en su vida a partir de que Eusebio hubiese enfermado tras la muerte del hijo pequeño del matrimonio (Dorao: 261–278)—; desde Estados Unidos (instalada por una temporada en casa de su hijo Luis, en Orange, New Jersey); en momentos de tránsito (viajes en barco de Argentina a Estados Unidos y de Estados Unidos a España); y de nuevo desde España, ya definitivamente afincada en Barcelona, “la ciudad más parecida a Buenos Aires”, según dice el 3 de enero de 1950 (Fortún, *Mujer*: 209), y luego en el Sanatorio de Puig de Olena, que la escritora, apoyada por sus amigas, abandonará para trasladarse a una clínica madrileña, donde morirá el 8 de mayo de 1952.<sup>4</sup>

Por muchas razones, esta es una correspondencia de lectura exigente, ya que se centra en los últimos y muy dolorosos años de la autora; de un lado, las cartas se componen en un período en que la enfermedad es presencia muy recurrente (el segundo volumen es muy significativo a este respecto) y el cuerpo se vuelve depósito de ese sufrimiento que se canaliza como físico (Capdevila–Argüelles, “Introducción” a Fortún,

*Mujer*), pero que, como tantas veces se pone en evidencia, no carece tampoco de un claro origen psíquico y moral. Así, a diferencia de lo que sucede en las misivas cruzadas con Matilde Ras (Fortún y Ras, *El camino*), Carmen Conde (en Fraga, “Elena Fortún”) o Carmen Laforet (Laforet y Fortún), donde la firma es a menudo la de Elena o Elena Fortún y, por lo tanto, prevalece la identidad del personaje que ha ido creciendo al compás de su producción literaria, en esta oportunidad, el pseudónimo desaparece para dejar paso al nombre de la mujer realmente existente, esto es, Encarna o Encarnación. Por una parte, el gesto permite pensar en la voluntad de plasmar una supuesta verdad esencial respecto de su personalidad y dejar de lado todo tipo de añadidos performativos ante la destinataria a la que, por tantos conceptos —ya se dijo: admiración, amor— se quiere descubrir la que se considera auténtica intimidad. Pero, en un segundo nivel, este objetivo no queda al margen de una circunstancia que a la postre resultará decisiva en el proceso de autoindagación: el suicidio de Eusebio Gorbea, acaecido en Buenos Aires el 18 de diciembre de 1948, mientras Encarnación estaba en España tratando de encontrar las vías para lograr el definitivo regreso de ambos y que, como fácilmente se supondrá, impregna el corpus de manera sustancial.

Este militar, muy aficionado al teatro en sus distintas facetas —llegó a componer dramas y comedias y a participar en algunas representaciones (Dorao: 91–93)—, con quien Fortún se había casado en 1908, era hombre de muy difícil carácter y siempre en guardia frente a los planes creativos y vitales de su mujer, de cuyo triunfo sentía unos enfermizos celos que le hacían dudar de sí mismo y, en consecuencia, comprometían sus fantasías de cabeza de familia (Field: 24–25). Si bien no es este el momento de abordar las complicadas relaciones del matrimonio Gorbea Aragoneses, conviene, no obstante, retomar la mención a la novela *Los mil años de Elena Fortún*, ya citada, puesto que si, como recuerda Fraga, la “trama tiene su base en la transmigración de las almas”

(“Introducción” a Fortún, *Mila*: 29), Capdevila–Argüelles destaca las particulares implicaciones del caso si se repara en que la protagonista adopta distintos cuerpos e identidades genéricas en el curso del proceso (*Autoras*: 122). Así, el pseudónimo de la autora, además de resultar de una actitud rara y contradictoria, que tampoco Inés Field lograba entender (Field: 25), en la que convivían el paradójico homenaje —recuerda Martín Gaité que Gorbea sería siempre el intelectual de la pareja para su mujer (51)— y la asunción de la soledad creativa (Capdevila–Argüelles, “Elena Fortún”: 271 y *Autoras*: 114), refiere indirectamente la condición homosexual de la escritora, quien, en cartas a algunas amigas, tantas veces había lamentado con anterioridad la gran equivocación de su boda y no haberse atrevido a batallar contra la corriente de las convenciones (Alfonso García, “Para quién”). De su conflicto identitario dejaría finalmente testimonio en las novelas *Oculto sendero* y *El pensionado de Santa Casilda*, ambas inéditas hasta fechas muy recientes —2016 y 2022 respectivamente— y la segunda en coautoría con Matilde Ras (Capdevila–Argüelles, “Introducción” a Fortún, *Oculto* e “Introducción” a Fortún y Ras, *El pensionado*).

Sin embargo, la muerte de Eusebio traerá un profundo cambio en los planteamientos de Elena Fortún. Se imaginarán sin dificultad las terribles consecuencias personales y familiares, incluido el desafecto de su hijo Luis y su esposa, Ana María Hug, siempre adversos a su actividad escritural y, en lo que hace a su nuera, contraria a acogerla en su hogar estadounidense; de este modo, si el 14 de febrero de 1950 se reconoce “cansada de ir de un lado a otro” (Fortún, *Sabes*: 233), poco después, el 25 de abril del mismo año, expresa cómo no logra afianzarse en ese ambiente de perpetua y hostil provisionalidad: “La casa es tan chica que no hay un rincón para mí... para sentir que no molesto...” (Fortún, *Sabes*: 266).

Es claro que siempre se quedará lejos de percibir en sus dimensiones el dolor, vinculado a la culpa, que estas misivas expresan con absoluta intensidad, lo que provoca en Encarna, ya imbuida de la espiritualidad que Inés Field le ha transmitido, no solo un profundo desgarramiento interior, sino la urgencia de contarle a la que juzga la interlocutora idónea —de hecho, en carta fechada en Madrid el 11 de enero de 1949, se muestra convencida de que ha sido la Providencia la que la ha conducido a Buenos Aires, como si Inés Field fuese su único destino: “Dios me ha llevado a la Argentina para que te conozca y tú me lleves hasta él. Sin ti, ¿qué haría yo?” (Fortún, *Sabes*: 93)—. Y todo ello sin que el perdón ni la reconciliación consigo misma parezcan nunca una posibilidad. Así lo expresan, desde su mismo estilo arrebatado, plagado de interrogaciones exclamaciones y puntos suspensivos que tan bien comunican la inquietud, los siguientes fragmentos de sendas misivas, datadas respectivamente en Madrid el 19 y el 29 de enero de 1949:

Tengo que hablar mucho, mucho contigo, a ver si hablando, hablando, sale algo de lo que guarda este inconsciente y que no sé qué es... [...] No sé si tengo en verdad deberes con mi hijo o se los inventa él o me los invento yo... ¡Lo que me apetece un convento! ¿Se debe hacer lo que se quiere o lo que se debe? ¿Qué es lo que debo hacer? Inés de mi alma, ¡qué cosa deleznable soy! (Fortún, *Sabes*: 104).

Ya no puedo estar nunca frente a ti en una mesa... y si lo estuviera, ¡yo no sería yo porque él no me espera ya en casa. Si todo hubiera ocurrido estando yo allí... (¡qué disparates se me ocurren! Si yo hubiera estado allí, como era mi deber, no hubiera ocurrido) pues entonces, tal vez suavemente, habría entrado otra vez en la corriente de la vida, y podríamos volver a estar juntas en la Meca... ¡No sé cómo es posible seguir viviendo con este remordimiento de haberle dejado solo! (Fortún, *Sabes*: 117).

Es por este camino, ya se habrá intuido, por el que este conjunto epistolar, en especial en el primero de los volúmenes, entra en el terreno del esquema confesional que desde aquí se explorará.<sup>5</sup>

### **Modernidad y catolicismo en España: ¿*contradictio in terminis*? El complejo enfoque de lo confesional en las cartas de Elena Fortún a Inés Field**

La profesora Noël Valis ha dedicado un iluminador estudio a lo que ha llamado *Realismo sagrado* (2010; traducción española de 2017). Explora en esta obra los densos vínculos que en la historia y la cultura españolas existen entre liberalismo y catolicismo, muy a menudo cuestionados, y sus concretas implicaciones a propósito de la “modernidad secularizadora”, con marcado interés en los períodos que, a su juicio, mejor revelan la interacción entre aquella y la religión: fines del siglo XVIII–comienzos del XIX (hasta 1840); la Restauración borbónica (1876–1912) y la Segunda República, “seguida por la Guerra Civil (1936–1939)” (Valis: 27–28). En su exposición, no duda en aseverar hasta qué punto el mencionado proceso histórico supone que “el papel de la fe tuvo que ser redefinido” (Valis: 27) en cuanto a su relación con la identidad nacional, al tiempo que constata que, por los que ella supone prejuicios críticos, “la intrincada relación entre fe, modernidad y la moderna narrativa española aún no ha sido abordada” (Valis: 27). De ahí que, en su opinión,

La presencia de estructuras imaginativas pertenecientes a la eucaristía o la comunión, confesión, martirio y resurrección, como vehículo para el realismo, enfatiza el grado en el que la religión está imbricada en el mundo secularizador y forma una parte indisoluble de él. [...]. La religión forma parte de lo moderno (Valis: 35).

Desde esta perspectiva, y salvando las distancias —puesto que se trata aquí de ocuparse del fenómeno general y no del escrutinio particular de un corpus, de modo que no es relevante el carácter ficcional o no del texto que se pretenda examinar—, no parece baladí indagar en la modernidad republicana a través de las mujeres que defendieron y practicaron un discurso de género renovador —presencia en el espacio público, actividad intelectual, implicación en el devenir comunitario— como una de las últimas manifestaciones que, en el ciclo establecido por la Dra, Valis, reformula los vínculos entre religiosidad y progreso, para intentar comprender el peso específico de la imaginación religiosa (esto es, de un sistema de creencias que da sentido a la vida y el mundo) en este contexto, donde no faltan tampoco quienes no logran llegar a sentirse plenamente al margen de determinadas exigencias de la feminidad más normativa —así sucedería, por ejemplo, con el esencialismo identitario y la casi imposible renuncia a la maternidad—, pues, con Capdevila–Argüelles, no hay que olvidar que “la modernidad, por su compromiso con el cambio, intensifica también el interés por lo que permanece inmutable” (“Introducción” a Fortún y Ras, *El camino*: XXII).

El caso de Elena Fortún, centrado en su proyección en la correspondencia con Inés Field que aquí nos ocupa, resulta de especial rendimiento a este propósito. Para ello, ha de subrayarse, en primer término, la eficacia con la que el exilio afirma en estas mujeres una identidad de género alternativa y cómo la consolida por medio de la práctica vital que les proporciona autonomía, libertad, criterio establecido. Este fragmento de una misiva de la autora a Matilde Ras, fechada en Buenos Aires el 19 de marzo de 1946, lo expresa sin ambages:

Imagínate con qué emoción hemos esperado la llegada de estas cartas [...] luego de la llegada de María del Carmen [Vernacci, en su día, pareja de la multifacética artista Victorina Durán, con la que había salido al exilio]. Su presencia os habrá

dicho de todo, más de lo que pudieran decir mil cartas. La habéis visto elegante, bien vestida, alegre, habladora, con un poquito de acento americano, con gran vitalidad y un poco de desprecio hacia las cosas menudas, con un sentido de libertad y de democracia poco usual en Europa... Pues bien, así (descontando la juventud y la belleza), así somos todas. La vida en América es fácil. [...]. Esto parece un cuento pero no lo es” (Fortún y Ras, *El camino*: 185).<sup>6</sup>

En efecto, la cita habla de hasta qué punto la creadora de Celia había pasado a integrarse en su nuevo círculo porteño, del que, se ha avanzado ya de modo parcial, formaban parte destacadas intelectuales argentinas como Inés Field, Victoria Ocampo, Norah Borges, Lola Pita Martínez<sup>7</sup> o Manuela Mur,<sup>8</sup> pero también españolas desplazadas como Victorina Durán, tan fundamental desde el primer momento para el acogimiento de Encarna y Eusebio (Alfonso García, “Escritura”), o María Baeza (de soltera, María Martos), la mujer de Ricardo Baeza, con quien Fortún volverá a coincidir durante su estancia en Madrid en 1948. En esta línea, y significativamente, la vuelta a España supondrá para la escritora serias dificultades de adaptación: el 23 de febrero de 1949, reconoce desde Madrid sentirse “extranjera” en su país (Fortún, *Sabes*: 146) y el 10 de julio de 1950, desde Barcelona, estar lejana de los intereses de las que habían sido sus amigas de la época republicana (Fortún, *Mujer*: 73), lo que, desde otro ángulo, ayudaría a entender su rechazo a asentarse en la capital de una nación que, en unas breves notas pergeñadas “en el mar” el 27 de marzo de 1949, define como “podrida y muerta” (Fortún, *Sabes*: 176), y su preferencia, ya aludida, por la Ciudad Condal.

La muerte de su marido será, sin embargo, el gran desencadenante de una profunda crisis personal a este respecto, que no solo la lleva a arrepentirse de su recorrido anterior como mujer moderna —su condición lesbiana posee aquí destacado papel: “Mucha pena me ha dado todo lo que me cuentas del monito... y del otro monito, [...] se

prepara una horrible vejez y una más horrible enfermedad de remordimientos”, escribe el 6 de agosto de 1951 desde el Sanatorio Puig de Olena (Fortún, *Mujer*: 228)—, sino a intensificar su relación con Inés Field desde una espiritualidad que, al prescindir de las pautas nacionalcatólicas del Nuevo Estado franquista, la mantiene en un espacio de independencia que, pese a todo, sigue conservando un notable componente de modernidad (Fraga, “Elena Fortún en clave”: 13–14). Y ello aunque, en el fondo, el proceso le deba mucho a la precaria estabilidad de sus creencias, que su amiga tanto ayudó a equilibrar:

Yo soy católica practicante. Veía en Encarna una excelente base de formación religiosa, conocimiento amplio del cristianismo, aptitud mística, fe en Dios, pero que vivía con el alma desasosegada por sus continuos problemas existenciales. Pensé que la Iglesia podría, tal vez, ayudarla. [...].

Por eso me pareció que ese Dios y ese Cristo que la rondaban sin ataduras, a quienes invocaba como entes fantasmales; que ese bautismo colgando de un hilo en lugar de ser eslabón de una cadena, constituían para ella un desperdicio lamentable. Fue material sensible y dócil. Se acercó a los sacramentos y a las prácticas litúrgicas. Le hizo mucho bien. Dio sentido a sus sacrificios” (Field: 25).<sup>9</sup>

El suicidio de Eusebio marca, pues, un eje definitivo para reflexionar sobre las cartas que Encarnación envía a Inés Field desde el ángulo de lo confesional religioso; con ello, vuelve a traer a un primer plano esa compleja relación entre religión y liberalismo de la que habla la profesora Valis —“Yo creo que fue el conocimiento del cambio de frente que habían dado la ciencia y la filosofía en los últimos cincuenta años lo que me volvió a mí a la Iglesia”, dirá en carta fechada en Barcelona el 29 de enero de 1951 (Fortún, *Mujer*:

177) — y, en paralelo, permite explorar el componente imaginativo–moral asociado al catolicismo en tanto que conjunto de creencias (Valis: 42).

La muerte de su esposo deja a Fortún sumida en la devastación. Sin embargo, no se trata, sin más, del hundimiento de la pena y el dolor, sino del que la lleva a una indagación interior cuyo principal objetivo es interrogarse sobre lo (in)adecuado de su trayectoria previa, enfrentada a una conciencia de culpa mediada por la estructura confesional del catolicismo, de dramáticas consecuencias para la consideración de su estima personal, según explicaba Inés Field:

La primera respuesta de Encarna a las noticias que no tuvimos más remedio que mandarle son del 20 de diciembre [el suicidio se había producido dos días antes]. Siguen después las del 21, 25, 29, 31, 1 de enero 1949, 4, 6, 8, 11, 14, 16, 19, 20, 23, 27, 29, 31, y con el mismo ritmo todo febrero. Son todas un grito de dolor desesperado, una verdadera locura, algo espantoso” (28).

Encarnación Aragonese se pliega aquí al mandato del socrático “conócete a ti mismo” —pero a la luz de determinados preceptos, puesto que Dios es la meta—, tratando de ajustarse a unos modelos que revelan en qué nivel ha interiorizado lo que Foucault, en *El uso de los placeres* (1984), denomina “prácticas de sí” —según Martiarena, aquellas “por las cuales los individuos son llamados a establecer relaciones consigo mismos, a reflexionar sobre sí mismos” con voluntad transformadora (105)—, que pasan por un escrutinio punitivo de su comportamiento hasta el momento. Desde esa perspectiva, no sería exagerado afirmar que estas cartas de la escritora a su muy querida Inés Field presentan un cierto aire de confesión general que la obliga a enfrentar su existencia desde una clara idea de caída moral, con la voluntad de lograr la modificación de su conducta y, por supuesto, un perdón que nunca llega y queda reemplazado por un durísimo concepto de sufrimiento proporcionado al mal infligido y expuesto de manera casi

obsesiva: “no hay ni que pensar en tener ni siquiera un poco de paz cuando no se ha merecido más que dolor y remordimiento”, apuntará desde Madrid el 21 de diciembre de 1948 (Fortún, *Sabes*: 69). Así, el antes y el después instituido por el fallecimiento de Eusebio es el antes y el después entre la experiencia en positivo de la modernidad que ha culminado en el exilio porteño (recordemos la cita antes reproducida) y el remordimiento vinculado a una cadena de errores que deriva en el pecado, la transgresión por antonomasia en este ámbito.

Con todo, esta no es la característica confesión auricular ligada al sacramento de la penitencia, obligatoria una vez al año desde 1215, según quedó fijado en el IV Concilio de Letrán e intensificado por las reglamentaciones de Trento y el invento del confesonario en el siglo XVI (Martiarena: 106 y Valis: 276). Por tanto, no cabe pensar en un relato vital organizado en torno al sistemático examen de conciencia que la Iglesia Católica pauta como acto previo a la confesión en sí misma, la que, llegado el momento, exigirá la articulada manifestación ante el sacerdote de las faltas, errores y vicios. Sin embargo, esta circunstancia no obsta para que, siguiendo el patrón penitencial, la memoria de Fortún sea en este punto muy selectiva y se estructure conforme a las normas de las que, en palabras de Óscar Martiarena, resulta “un régimen de culpabilidad constante” (111) del que no es posible escapar.

En consecuencia, casi no surge aquí ningún atisbo de redención; si algo adquiere fuerza es la debilidad intrínseca de este yo que apenas acierta a explicarse, pese a que aspira con denuedo a hacerlo. De hecho, el paradigma de la introspección preparatoria no llega a ser eficaz porque nada es más inaccesible al ánimo de Elena Fortún que la calma necesaria para ello. De este modo, donde debería imperar el orden conceptual, derivado del detenido repaso de los mandamientos o los pecados capitales que permite identificar las infracciones censurables, domina la sensación del caos “emocional y moral” que Noël

Valis vincula “a la forma más secular del examen autobiográfico de yo” (263), procedente de una revisión realizada desde el abismo de todos los excesos sentimentales, que se verbalizan de manera siempre extremada y a veces contradictoria. Es así porque al fondo está la vergüenza de haber defendido la independencia o la identidad de género no normativa; de ahí la superabundancia, antes anotada, de puntos suspensivos, admiraciones o interrogaciones que tan bien caracterizan la tensión expresiva dominante en muchas de las cartas.

En este marco, en diálogo con el comentario de Field antes extractado, que definía a Fortún como “sensible y dócil”, se cargan de sentido las muy frecuentes alusiones de la autora a la necesidad de guía, de apoyo a su carácter influenciado: “¡Dios mío qué sugestionable soy, qué poco valgo, qué ser deleznable”, afirmará en carta redactada en Madrid el 1 de febrero de 1949 (Fortún, *Sabes*: 124), en tanto que, en la fechada en Barcelona el 18 de septiembre de 1950, no dudará en reconocer: “Tú sabes qué vulnerable soy al exterior” (Fortún, *Mujer*: 124).

En realidad, esas preocupaciones no solo adquieren importancia en sí mismas sino para entender de forma adecuada hasta qué punto la confesión le es necesaria a Encarnación Aragoneses. Las reiteradas menciones a la búsqueda de confesores, no siempre con éxito ni buena fortuna, indican aquí el grado con el que ha llegado a internalizar lo indispensable de la práctica del sacramento. Madrid, Orange y Barcelona son escenario de las pesquisas para encontrar un interlocutor adecuado; según evoca el 17 de enero de 1950, lo consigue con regular eficacia en Orange —“un cuarto de hora de conversación con un sacerdote bondadoso que solo sabe aconsejarme que me vaya a España” (Fortún, *Sabes*: 218)— y obtiene muy mal resultado en la Ciudad Condal, como constata el 16 de octubre de 1950, al percibir en el cura más un afán de injerencia en su vida que la voluntad de diálogo (Fortún, *Mujer*: 143).

Es, entonces, urgente para Encarna encontrar a quien, del mejor modo posible, colabore en la recomposición de este yo tan afectado por sus imperfecciones, con tanto padecimiento vividas en una soledad que la asfixia —de manera muy notable en Orange, período en el que escribe cartas visiblemente más largas, pues, como explica el 11 de enero de 1950, “[n]o tengo nada ya que hablar en casa. Cuando hablo me sale la voz ronca de no usarla...” (Fortún, *Sabes*: 215) —, aunque otras veces, como relata desde Barcelona el 10 de julio de 1950 (Fortún, *Mujer*: 73) y el 15 de enero de 1951 (Fortún, *Mujer*: 168), se aísle de forma voluntaria, en conducta que evoca a María Zambrano cuando distinguía en la soledad el gran motor para dar cuenta de sí, al permitir la necesaria mirada interior (171).

Una vez más, Inés Field será la única que reúne los requisitos, la oyente perfecta que en abstracto nombra Zambrano como condición inexcusable para recomponer una vida fragmentaria y rota que no se acepta (37); por eso será la que se construye como la providencial orientadora, la “hermana de alma y corazón” (Fortún, *Sabes*: 64) que, con Encarna, se funde en el “matrimonio de nuestro espíritu” (Fortún, *Sabes*: 240). No es extraño, entonces, encontrarse en la correspondencia con comentarios del tenor de los siguientes, que tan bien reflejan la prevalencia que la amiga argentina ha llegado a alcanzar para la escritora en el orden afectivo–espiritual:

Vuelvo a leer tu carta y esas admirables palabras ‘Tú eres una creación de Dios, no una invención tuya...’ son de una sabiduría que me traspasa de paz. ¡Si yo encontrara un confesor como tú! (Madrid, 8 de enero de 1949; Fortún, *Sabes*: 90).

El padre Wagner puede decir que soy buena porque me conoce muy poco o nada. En la confesión es difícil conocer y posiblemente yo con la palabrería que me caracteriza trataría de justificar todos mis actos... Está tan en mí eso...

Pero tú me conoces mejor que él y sabes la verdad. ¡Si vieras cómo me tranquiliza eso algunas veces! Que tú me conozcas tan bien como me conoces (¡eres la persona que más hondo me ha calado!), me sigas queriendo y escribiendo y siendo para mí lo que eres, aunque en ello pongas toda la claridad que llevas en el corazón, es para mí una esperanza de redención porque algo habrá en mí que no sea absolutamente miserable... ¡cuando tú aún me quieres...!

(Madrid, 14 de enero de 1949; Fortún, *Sabes*: 94).

Verdaderamente te necesito mucho. Solo a ti podría decirte algunas cosas y solo tú podrías aconsejarme lo mejor. Un poco quiero confesarme contigo

(Orange, New Jersey, 28 de marzo de 1950; Fortún, *Sabes*: 246).

Sin duda, la de Inés Field es una presencia imaginada y siempre anhelada para Encarnación Aragoneses, observación que es aquí no solo cierta sino de uso muy intencionado, ya que, según se expondrá, adquiere pleno valor en este marco de análisis. Haciendo fácilmente comprensible lo que quizás no lo sea tanto, la Dra. Valis explica en su monografía que “el componente no racional de la religión emana de una profunda fuente emocional e imaginativa que se siente vinculada a algo más grande que el propio ser, que está más allá del propio ser” (40), de modo que, explica, siguiendo a Elaine Scarry, la fe sería entonces un “imaginar prolongado” (Valis, 42) y, de acuerdo con Andrew Greeley, consistiría en “ve[r] la realidad creada como un ‘sacramento’, esto es, una revelación de Dios” (Valis, 42).

Siguiendo esta dirección, es como este artículo desemboca en los *Ejercicios Espirituales* de Ignacio de Loyola (1542) y en su profundo —e inesperado— alcance para el asunto que se aborda, si se repara en el peso imaginativo del modelo ignaciano en su concreta relación con el examen de conciencia. La referencia básica es aquí la conocida, hasta trivializada, *composición de lugar* —en realidad, “composición viendo el lugar”

(Loyola, 53)— que, como señala María Jesús Mancho Duque, no es sino una “técnica metodológica” (603) que, a través de la sistematización de la imagen visual, persigue la creación de un espacio, ya sea físico (los lugares vinculados a Cristo que se quieren contemplar), o inmaterial, en cuyo caso, “como es aquí de los pecados, la composición será ver con la vista imaginativa y considerar mi ánimo ser encarcerada en este cuerpo corruptible” (Loyola, 54), como acto previo a la meditación y con el estímulo de una aguda emotividad.

Este subrayado del sentido de la vista —aunque no suponga renunciar a los demás—, unido a una singular capacidad de concentración, resulta muy pertinente en el enfoque de este estudio, si se tiene en cuenta que *El cuaderno de Celia*, el libro de Elena Fortún que se publica en 1947 y con el que la autora trata de congraciarse con la censura franquista, se presenta como el diario de la preparación a la Primera Comunión que la niña realiza en el Convento de las Clarisas de Pinto (Madrid), cuya superiora es una tía de la protagonista y que, al encomendar su instrucción a una monja llamada Sor Inés, hace de esta la formadora espiritual de su sobrina. De más está, casi, indicar que, como la crítica ha puesto de manifiesto (Capdevila–Argüelles, “Introducción” a Fortún, *El cuaderno*: 16–17), existen profundas conexiones entre el personaje y su creadora, ya que ambas parecen necesitar una guía:

es un cuaderno con tapas de hule y hojas rayadas. Siempre me han gustado mucho los cuadernos con rayas. Una vez tuve un cuaderno sin rayar que me dio un terrible disgusto porque quise rayarlo yo. [...]. Fue un fracaso. Las rayas salieron torcidas. [...]. Estropeé el cuaderno y lo guardé (Fortún, *El cuaderno*: 23).

Sin embargo, no resulta menos evidente hasta qué punto es Inés Field quien ha inspirado a la monja que instruye a Celia —extremo reconocido tácitamente al final del texto y de

manera expresa por la propia Field (25)—, que desarrolla una pedagogía en torno a la meditación basada en la visualización de determinados pasajes evangélicos que educadora y educanda leen con el detenimiento preciso para sentirse transportadas a ese escenario y experimentar con la fuerza de lo real la vivencia de lo narrado. Es clara, pues, la huella metodológica de los *Ejercicios Espirituales*, lo que redonda también en el sentido de la propia estructura del volumen, pues si el texto ignaciano está concebido para cuatro semanas, el cuaderno resume lo sucedido en un mes y se articula de un modo que, sin ser idéntico, no es ajeno tampoco a la propia organización de los *Ejercicios*, cuyos núcleos fundamentales se refieren a la consideración y contemplación de los pecados (semana primera), la vida de Jesucristo hasta la entrada en Jerusalén (segunda semana), la pasión (tercera semana) y la resurrección y ascensión (cuarta semana), en tanto que *El cuaderno de Celia*, aunque con treinta capítulos, puede ajustarse también a grandes apartados implícitos en torno a las virtudes cristianas, la vida pública de Jesús (momentos más destacados y pasión) y la constatación de la amistad y el amor de Cristo hasta, mediante el cumplimiento de los preceptos, alcanzar su plenitud a través de la comunión.

En consecuencia, si así son las cosas, debemos asumir que la visualización imaginativa ignaciana, paulatinamente disciplinada en la prolongada elaboración de los *Ejercicios* por temor a los malos efectos de la fantasía siempre peligrosa y muy sometida a la experiencia individual (Segovia), no fue extraña a las inquietudes espirituales de Inés Field, que supo transmitir las a Encarnación Aragonese. Por eso influye en *El cuaderno de Celia* en los términos descritos y, en un segundo nivel, no excluye tampoco la posibilidad de generar las profundas emociones transformadoras de la meditación a través de la contemplación de algunos cuadros (Fortún, *El cuaderno*: 195-201), o, en el público lector, de las propias ilustraciones del texto, que evocan las de los devocionarios como la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis (c. 1427), lectura predilecta de la novelista,

según descubren muchas de sus cartas a Inés Field, y dirigida a quien busca lograr la perfección del alma a través del modelo de Jesucristo.

Todo ello convierte el texto de Fortún en un insospechado eslabón de la llamada *devotio moderna*, “la corriente ascética más original de las postrimerías de la Edad Media, que, nacida en los Países Bajos se extendió prontamente a toda Europa” (Rodríguez G. de Ceballos: 78–79) y, entre otras características, contribuyó a desplazar el interés medieval en el oído (palabra predicada) hacia la imagen en el amplio concepto “que procede del [...] de *imitatio*, [...] y es aplicable a las imágenes de portada de la *Imitatio Christi* de Tomás de Kempis, cuando el lector imita a Cristo tomando su propia cruz” (Strosetzki: 608).

Por lo tanto, y en paralelo, ayuda a entender que la autora se muestre en esta correspondencia tan unida a la imaginación y de tantas maneras, pues no solo manifiesta gran capacidad para elevarse sobre la realidad material y sentirse casi en contacto físico junto a su muy querida amiga en diferentes lugares de Buenos Aires, sino que declara particular devoción por la imaginería religiosa, en su función de “medio de comunicación directa con lo divino” (Valis, 104): “ya estoy permanentemente delante de la Virgen del Perpetuo Socorro de las Victorias”, dirá el 1 de marzo de 1949 desde Madrid (Fortún, *Sabes*: 155), en tanto que poco antes, el 29 de enero, había escrito: “Te veo en el café de enfrente de casa, en el de la esquina... en la Meca de las Charcas. ¡Todo es pasado ya para mí! [...] ¡Inesita mía!”, mientras afirmaba el 7 de mayo de 1951, desde Barcelona: “Como no son buenos esos pensamientos, los dejo para volverme a otros mundos. Algunas veces subo a tu cuarto y lo veo con sus cortinas grandes [...] (Fortún, *Mujer*: 205). En similar dirección, en carta datada en Madrid el 23 de enero de 1949, dirá de Ana María, su nuera, que “es protestante y además, muy fría en religión, tal vez porque no es imaginativa” (Fortún, *Sabes*: 109). Este comentario no queda lejos del adjetivo “realista”

con el que, el 21 de diciembre de 1948, condensa desde Madrid su rechazo a la poco estimulante España franquista, “donde todo el mundo es religioso pero nadie sabe nada de Dios” (Fortún, *Sabes*: 66), pues, como le dirá más tarde a su amiga Mercedes Hernández, en carta del 9 de junio de 1949:

Aquí la Iglesia es más limpia, más filosófica, más sana... ¡Allí me ahogaba! Puedes creerme que soy católica porque he aprendido a serlo fuera de España: en España la Iglesia es beligerante, como dijo una vez Azaña, y es un partido más que una religión, [...]" (en Dorao:160).<sup>10</sup>

Finalmente, pero en absoluto menos importante, no cabe obviar que, en una sugerente derivación de ese entramado simbólico, la poderosa capacidad imaginativa de Encarnación Aragonese dejará su marca en la escritura de las cartas a Inés Field. Lo hace mediante una prosa destacadamente alegórica que, a través de las metáforas —imágenes al fin y al cabo— subraya por esta vía la intensidad emocional que, en la línea de lo prescrito por Ignacio de Loyola, expresa, con voluntad transformadora, la meditación sobre las propios pecados y faltas en clara asociación con el daño corporal que tanto singulariza la experiencia. Son solo mínimas las dos muestras siguientes:

Y creo que también tengo paz cuando lloro y el corazón me sangra por no haber sido todo lo buena... (¡No, no todo lo buena!) todo lo correcta de corazón que he debido” (Madrid, 17 de enero de 1949; Fortún, *Sabes*: 100).

El mal es un Ser. Yo lo siento con mi inconsciente en la mente. Le veo hurgando dentro de mí, aplastando mis bronquios entre sus manos, pateándome los pulmones y sentándose sobre el corazón. [...].

No creas que no hago esfuerzos para salir de este pozo de dolor. Creo que si lograra desprenderme un poco más de este cuerpo doliente, recuperaría mi

alegría y hasta tal vez entraría en el reino de Dios [...] (Sanatorio Puig de Olena, 5 de octubre de 1951; Fortún, *Mujer*: 246).

### **Conclusiones. “Sabes quién soy”: una “mujer doliente”**

El objetivo de este artículo ha sido analizar las cartas escritas por Elena Fortún a su amiga argentina Inés Field entre los años 1948 y 1951, poniendo el foco en la dimensión confesional que es posible identificar en esta correspondencia. Situada metodológica y teóricamente en la intersección de las aportaciones de Noël Valis en *Realismo sagrado* (2010; traducción de 2017) y de María Zambrano en *La confesión: género literario* (1943), la investigación ha permitido comprobar hasta qué punto la tesis sustentada por Valis en relación con la pervivencia de los esquemas imaginativos religiosos en el contexto de la “modernidad secularizadora” española actúa en la base de un corpus que, en lo sustancial, se concibe como un doloroso autoexamen originado en la culpa y el remordimiento por el suicidio del marido de la escritora, quien solo encuentra en la destinataria de sus misivas la necesaria interlocutora a la que, en los términos de Zambrano, dirigir las palabras que la reconstruyan en su identidad fragmentada. Con todo, este es un objetivo apenas logrado, puesto que, lejos de conseguir dar cuenta de sí, Encarnación Aragonés, en constante inestabilidad y contradicción, se hace consciente de que solo su oyente sabe realmente quién es (tal y como, a través de la paráfrasis, se titula el primer volumen de los que recogen este conjunto epistolar): la “mujer doliente”, física y moralmente, que, con el mismo acierto por parte de la editora, rotula el segundo de los tomos.

Asimismo, el trabajo ha permitido indagar en la profunda huella que la espiritualidad de Field dejó en su correspondencia y, abriendo camino a una nueva dimensión de estudio, ha planteado en su perfil general la posible influencia en las cartas

examinadas, consideradas en sí mismas y en sus relaciones intertextuales con la producción de Fortún a través de *El cuaderno de Celia* (1947), de la metodología ignaciana de los *Ejercicios espirituales*, sustentada en la visualización imaginativa como elemento de meditación transformadora, y, más allá, de la corriente espiritual de la *devotio moderna* europea, nacida a finales del siglo XIV y representada en la *Imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis, lectura muy frecuentada por la escritora.

## Bibliografía

- Alfonso García, María del Carmen. 2020a. “¿Para quién escribía Elena Fortún? Exilio y tensión autorial en *Celia, institutriz en América* (1944)”. *Romance Studies*. 38:2: 68–79. <https://doi.org/10.1080/02639904.2020.1794601>.
- Alfonso García, María del Carmen. 2020b. “Escritura, prismas y espejos: autorrepresentación y exilio en *Mi vida, memorias de Victorina Durán*”. *Estreno. Cuadernos de teatro español contemporáneo*, 46.1: 44–59
- Bravo–Villasante, Carmen. 1986. “Elena Fortún y los libros de Celia. Datos sobre su vida y su obra”. En Carmen Bravo–Villasante *et al: Elena Fortún (1886–1952)*, 7–20. Madrid: Asociación Española de Amigos del IBBY.
- Bravo–Villasante, Carmen y Jaime García Padrino. 1986. “Artículos y colaboraciones en la prensa”. En Carmen Bravo–Villasante *et al: Elena Fortún (1886–1952)*, 60–76. Madrid: Asociación Española de Amigos del IBBY.
- Caballé, Anna e Israel Rolón. 2010. *Carmen Laforet, una mujer en fuga*. Barcelona: RBA.
- Capdevila–Argüelles, Nuria. 2005. “Elena Fortún (1885–1952) y Celia. El *bildungsroman* truncado de una escritora moderna”. *Lectora*, 11: 263–280.
- Capdevila–Argüelles, Nuria. 2014. “Introducción” a Elena Fortún y Matilde Ras: *El camino es nuestro*, XIII–XXXIV. Madrid: Fundación Banco Santander.
- Capdevila–Argüelles, Nuria, ed. 2015. “Introducción” a Elena Fortún: *Celia, institutriz en América*, 7–26. Sevilla: Renacimiento.
- Capdevila–Argüelles, Nuria, ed. 2016. “Introducción” a Elena Fortún: *Oculto sendero*, 7–63. Sevilla: Renacimiento.
- Capdevila–Argüelles, Nuria. 2017a. *Autoras inciertas. Voces olvidadas de nuestro feminismo*. Madrid: Sílex.

- Capdevila–Argüelles, Nuria, ed. 2017b. “Introducción” a Elena Fortún: *El cuaderno de Celia*, 13–20. Sevilla: Renacimiento
- Capdevila–Argüelles, Nuria, ed. 2020a. “Introducción” a Elena Fortún: *Sabes quién soy. Cartas a Inés Field. Tomo 1*, 7–44. Sevilla: Renacimiento.
- Capdevila–Argüelles, Nuria, ed. 2020b. “Introducción” a Elena Fortún: *Mujer doliente. Cartas a Inés Field. Tomo 2*, 7–40. Sevilla: Renacimiento.
- Capdevila–Argüelles, Nuria. 2022. “Introducción” a Elena Fortún y Matilde Ras: *El pensionado de Santa Casilda*, 7–57. Sevilla: Renacimiento. María Jesús Fraga, ed.
- Dorao, Marisol. 1999. *Los mil sueños de Elena Fortún*. Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- Eickhoff, Georg. 1992. “Ignacio de Loyola entre armas y letras. Los preceptos de lectura del humanismo castellano y los *Ejercicios Espirituales* como arte de leer”. *Ibero–Romania*. 36: 1–20. <https://doi.org/10.1515/iber.1992.1992.36.1>.
- Field, Inés. 1986. “Elena Fortún en Buenos Aires”. En Carmen Bravo–Villasante *et al*: *Elena Fortún (1886–1952)*, 21–30. Madrid: Asociación Española de Amigos del IBBY.
- Fortún, Elena. 2017 [1947]. *El cuaderno de Celia*. Sevilla: Renacimiento. Nuria Capdevila–Argüelles, ed. Prólogo de Paloma Gómez Borrero.
- Fortún, Elena. 2021. *Sabes quién soy. Cartas a Inés Field, I*. Sevilla: Renacimiento. Nuria Capdevila–Argüelles, ed.
- Fortún, Elena. 2021. *Una mujer doliente. Cartas a Inés Field, II*. Sevilla: Renacimiento. Nuria Capdevila–Argüelles, ed.

- Fortún, Elena y Matilde Ras. 2014. *El camino es nuestro*. Madrid: Fundación Banco Santander. Selección de Nuria Capdevila–Argüelles y María Jesús Fraga. Introducción de Nuria Capdevila–Argüelles.
- Fraga Fernández–Cuevas, María Jesús. 2013a. *Elena Fortún, periodista*. Madrid: Pliegos.
- Fraga, María Jesús 2013b. “Entre España y América. Últimas publicaciones de Elena Fortún en la prensa española (1948–1951)”. En María Teresa González de Garay y José Díaz–Cuesta Galián, eds.: *El exilio literario de 1939. 70 años después*, 265–277. La Rioja: Universidad.
- Fraga, María Jesús. 2015a. “Elena Fortún y Carmen Conde. Memoria de una amistad en ocho cartas”. *Clarín*. 119: 79–98.
- Fraga, María Jesús, ed. 2015b. “Introducción” a Elena Fortún: *Mila y Piolín*, 9–31. Sevilla: Renacimiento.
- Fraga, María Jesús. 2021. “Elena Fortún en clave de lectura.” *Clarín*, 156: 8–14.
- Franco, Marie. 2006a. “Elena Fortún y ‘Celia’ en América”. En Manuel Aznar Soler, coord.: *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, 753–763. Sevilla: Renacimiento.
- Franco, Marie. 2006b. “Loisirs et bourgeoisie libérale sous la 2<sup>nde</sup> République: le miroir ambigu d’ Elena Fortún”. En Serge Salaün et Françoise Étienne, coords.: *Ocio y ocios. Du loisir aux loisirs (Espagne XVIII<sup>e</sup>–XX<sup>e</sup> siècles)*, 156–183. Centre de Recherche sur l’Espagne Contemporaine, Université de la Sorbonne Nouvelle Paris III. Publicación en línea: [crec.univ-paris3.fr/articlesenligne.php](http://crec.univ-paris3.fr/articlesenligne.php).
- Kempis, Tomás de. 1949 [c. 1427]. *La imitación de Cristo*. Barcelona: Regina.
- Laforet. Carmen. 1954. “Elena Fortún, en el Retiro”. *ABC* (12 de mayo): 9.

- Laforet, Carmen y Elena Fortún. 2017. *De corazón y alma (1947–1952)*. Madrid: Fundación Banco Santander. Selección de Cristina Cerezales Laforet. Prólogos de Cristina Cerezales Laforet, Silvia Cerezales Laforet y Nuria Capdevila–Argüelles.
- Loyola, Ignacio de. 2011 [1542]. *Ejercicios Espirituales*. Madrid: San Pablo. Introducción de Ignacio Iglesias, S. J.
- Mancho Duque, María Jesús. 1993. “Cultismos metodológicos en los *Ejercicios ignacianos*: ‘La composición de lugar’”. En Manuel García Martín, coord.: *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro: actas del II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*, 2: 603–610. Salamanca: Universidad.
- Martiarena, Óscar. 2002. “Confesión, culpa y resistencia: la penitencia cristiana en los indios de la Nueva España”. *Caleidoscopio*. 11: 101–133.
- Martín Gaité, Carmen. 2002. *Pido la palabra*, Madrid: Anagrama. Prólogo de José Luis Borau.
- Moix, Ana. 1976. “Documento. Érase una vez... La literatura infantil a partir de los años 40”. *Vindicación Feminista*. 5 (1 de noviembre): 28–39.
- Nieva, Francisco. 1990. “Elena Fortún y Richmal Crompton”. *ABC* (3 de junio): 3.
- Rodríguez G. de Ceballos, Alfonso. 1974. “Las ‘Imágenes de la Historia Evangélica’ del P. Jerónimo Nadal en el marco del jesuitismo y la contrarreforma”, *Traza y baza. Cuadernos hispanos de simbología, arte y literatura*. 5: 77–95.
- Segovia, Juan Fernando. 2020. “De la *devotio moderna* al protestantismo y al modernismo”. *Verbo*. 583–584: 185–202.
- Sparza, Viera. 1954. “Estela a Elena Fortún”. *ABC* (28 de diciembre): 27.
- Strosetzki, Cristoph. 2019. “De lo exterior a lo interior. Las imágenes y la contemplación mística jesuita”. *Hipogrifo*. 7:2: 605–617.

Trapiello, Andrés 2016. “Prólogo” a Elena Fortún: *Celia en la revolución*, 7–20. Sevilla: Renacimiento.

Uría Ríos, Paloma. 2000. “*Celia en la revolución* (1943), de Elena Fortún”. En Antonio Fernández Insuela, coord.: *El exilio literario asturiano de 1939. Actas del Congreso Internacional celebrado en la Universidad Oviedo. 20, 21, y 22 de octubre de 1999*, 289–297. Oviedo: Universidad.

Disponible en: [https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/sesenta-anos-despues-el-exilio-literario-asturiano-de-1939-actas-del-congreso-internacional-celebrado-en-la-universidad-de-oviedo-20-21-y-22-de-octubre-de-1999-0/html/ff960ef0-82b1-11df-acc7-002185ce6064\\_40.html](https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/sesenta-anos-despues-el-exilio-literario-asturiano-de-1939-actas-del-congreso-internacional-celebrado-en-la-universidad-de-oviedo-20-21-y-22-de-octubre-de-1999-0/html/ff960ef0-82b1-11df-acc7-002185ce6064_40.html) (18/12/2022).

Uría Ríos, Paloma. 2004. *En tiempos de Antoñita la Fantástica*. Madrid: Foca.

Valis, Noël. 2017. *Realismo sagrado. Religión e imaginación en la narrativa española moderna*. Barcelona: Calambur.

Zambrano, María. 1995 [1943]. *La confesión: género literario*. Madrid: Siruela.

## Notas

---

<sup>1</sup> En efecto, además de los numerosos trabajos que la profesora Capdevila–Argüelles ha dedicado a la producción y a la figura de Elena Fortún, algunos de los cuales aparecen citados en la bibliografía final de este artículo como referencias utilizadas, debe mencionarse aquí la ya citada colección “Biblioteca Elena Fortún” de la editorial Renacimiento. Dirigida por la Dras. Capdevila y Fraga, ha puesto y pone al alcance del público especializado y general la obra de la escritora en sus diversas facetas.

<sup>2</sup> Fundado en 1921 a instancias de figuras como Mercedes Dantas Lacombe, escritora, profesora y doctora en Filosofía y Letras, Elvira Rawson, médica y sufragista, o Lola Pita Martínez, de la que luego se hablará, el Club Argentino de Mujeres, al que también pertenecieron, por ejemplo, Alfonsina Storni y la propia Inés Field, fue una de las primeras asociaciones que impulsaron de un modo integral los intereses feministas en el país americano (incluso a través de un balneario solo para mujeres radicado en la playa de La Perla en Mar del Plata). Sus integrantes, con un perfil social generalmente altoburgués, desarrollaron muy diversas iniciativas, desde las relacionadas con el apoyo al sufragio femenino hasta otras de tipo cultural. Así, cabe citar como muestra el III Congreso Internacional Femenino, celebrado en 1928, el concurso literario organizado en 1929 o la Fiesta de la Poesía de 1931.

<sup>3</sup> Al margen de este estudio, pero en íntima conexión, la relación Fortún–Field presenta notas bastante similares a las que, años después, cabe advertir en el caso de Carmen Laforet y Lili Álvarez. La polifacética aristócrata española, perteneciente a los círculos del catolicismo liberal y cercana a José Luis López Aranguren, defensora del papel de las y los seglares y autora de libros como *Feminismo y espiritualidad* (Madrid: Taurus, 1964), sería la principal inspiradora del intenso y episódico renacimiento religioso de la creadora de *Nada* sucedido en 1951. La correspondencia entre Laforet y

---

Fortún contiene numerosas referencias al respecto (75–76, 79–80, 89–90 o 119–121). Véase también Caballé y Rolón (224–235 y 272–274 especialmente).

<sup>4</sup> El 1 de julio de 1955, el diario *ABC* daba noticia en la página 28 de la constitución en Madrid de una comisión nacional para organizar un homenaje a Elena Fortún, cuyo gran proyecto consistía en “erigir un monumento a la eminente escritora en el Parque del Retiro”. Se informaba de que quedaba abierta una suscripción popular y de las y los firmantes de la convocatoria, entre quienes figuraban muchas de las amigas de la autora —Matilde Ras, la ilustradora Viera Sparza, María Baeza, Carmen Laforet e Inés Field entre ellas—, a las que se sumaban, por ejemplo, los nombres de su editor, Manuel Aguilar, de críticos como Melchor Fernández Almagro o Federico Carlos Sainz de Robles o de escritores como Alberto Insúa. El monumento, al que Viera Sparza prefería denominar “estela”, por considerar que se ajustaba más a la personalidad de la homenajeada (Sparza), quedaría finalmente inaugurado el 15 de julio de 1957 en el madrileño Parque del Oeste (véanse *ABC*, 16 de julio de 1957: 42 y *Blanco y Negro*, 20 de julio de 1957: 44–45).

<sup>5</sup> Figura 1. Fotografía de Inés Field y Elena Fortún en Mar del Plata. Fuente: Archivo personal de Elena Fortún en la Biblioteca virtual de la Comunidad de Madrid ([https://bibliotecavirtualmadrid.comunidad.madrid/bvmadrid\\_publicacion/elena\\_fortun/es/micrositios/inicio.do](https://bibliotecavirtualmadrid.comunidad.madrid/bvmadrid_publicacion/elena_fortun/es/micrositios/inicio.do)).

<sup>6</sup> Figura 2. Fotografía de Elena Fortún (primera por la derecha de las sentadas en segundo plano) con otras amigas en Buenos Aires, quizás en la confitería *Bambi*, regentada por María del Carmen Vernacci, donde solían acudir. Junto a ella, probablemente Isolina Doudignac Mansilla; sentadas en primer término a la derecha, y comenzando por la izquierda, es posible que María Baeza y, sin duda, Victorina Durán. Fuente: Fondo Victorina Durán, Archivo del Museo Nacional del Teatro, Almagro.

---

<sup>7</sup> Lola Pita Martínez (1895–1976), licenciada en Filosofía y Letras, fue una profesora, periodista, autora teatral y guionista cinematográfica argentina. En su producción, cuyas primeras manifestaciones datan de la década de 1910, se percibe una progresiva asunción de los planteamientos de género y feministas, con especial interés en lo relativo a la formación y al destino social de las mujeres.

<sup>8</sup> Manuela Mur (1914–1993), escritora —poeta y novelista— y gestora cultural argentina, era también doctora en Filosofía y profesora. Nombrada directora de la Biblioteca Pública General San Martín de Mendoza en 1962, impulsó la primera Feria del Libro celebrada en el país.

<sup>9</sup> No obstante, conviene mencionar que las inquietudes espirituales siempre fueron activas en Elena Fortún, si bien, con anterioridad al momento que aquí se estudia, encontraron expresión por cauces menos ortodoxos como la teosofía, las experiencias paranormales, sueños o premoniciones (Capdevila–Arguelles, “Introducción” a Fortún y Ras, *El camino*: XVIII y Fraga, “Elena Fortún en clave”: 9–10).

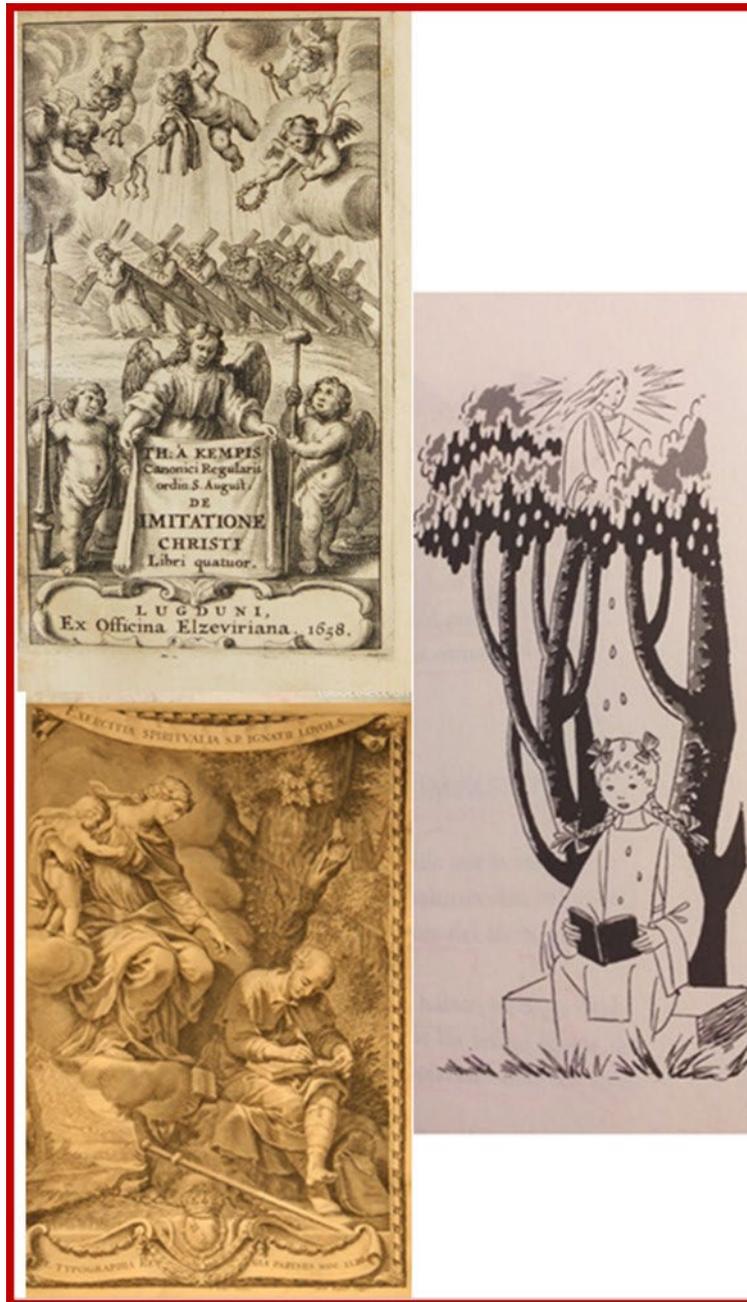
<sup>10</sup> Figura 3. Conjunto de factura propia. Izquierda superior: Thomas à Kempis, *De imitatione Christi*. Leiden, Elzevir, 1658. Izquierda inferior: frontispicio de *Exercitia Spiritualia S.P. Ignatii Loyolae*. Grabado. (Gilles Rousselet, 1644). Derecha: una de las ilustraciones de *El cuaderno de Celia* (1947), realizadas por Mariano Zaragüeta y reproducida en la edición de 2017. Es importante subrayar cómo en todas las imágenes opera la simultaneidad entre el plano celestial y el terrenal, al tiempo que se subraya el peso modélico de Cristo en las obras de Kempis y Loyola o de la Virgen María niña en la de Fortún.



[Figura 1. Inés Field y Elena Fortún en Mar del Plata]



[Figura 2. Elena Fortún y amigas en Buenos Aires]



[Figura 3. Kempis, Ignacio de Loyola, Cuaderno de Celia]